

El Presente del Pasado

UNA PUBLICACIÓN DEL OBSERVATORIO DE HISTORIA

elpresentedelpasado.com

segunda época, NÚMERO 1, 13 de enero al 1 de febrero, 2014

EN ESTA ENTREGA

- Halina Gutiérrez Mariscal • Fernando Pérez Montesinos • Luis Fernando Granados • Marco Ornelas • Dalia Argüello • Jennifer Rosado Solís • Alicia del Bosque •

«» LUNES 13

Una nueva etapa

Halina Gutiérrez Mariscal, Fernando Pérez Montesinos y Luis Fernando Granados

Durante 483 días, que son también 69 semanas completas, *El Presente del Pasado* ha sido una publicación diaria. Desde que comenzamos a construir este espacio, el 17 de septiembre de 2012, hemos publicado un texto cada día, sin detenernos a pensar en vacaciones o días festivos. La comunidad que ha ido construyéndose en este tiempo es cada vez más vigorosa y diversa, más plural y exigente. A la fecha, el sitio ha sido visto más de 230 mil ocasiones; esto es, unas 14 mil por mes o alrededor de 3 500 a la semana. Muchos de nuestros lectores no estudian ni ejercen profesionalmente el oficio de historiadores. Una buena parte, quizá la mayoría, son estudiantes de historia y áreas de conocimiento afines (tanto de licenciatura como de posgrado). Un

grupo importante de investigadores y profesores universitarios también sigue la publicación. Así lo hace un buen número de maestros de historia (y otras materias) en primarias, secundarias y preparatorias. El interés que han generado los textos de esta publicación refleja, sin lugar a dudas, una preocupación disciplinaria y gremial por el sentido de la historia en tanto que conocimiento público. Estamos orgullosos de haber contribuido a visibilizar una serie de discusiones que existen de manera cotidiana en los salones de clases y en muchos cubículos de investigación.

A partir de hoy, vamos a intentar una nueva manera de propiciar esta discusión. Por una parte, este *blog* intentará ofrecer información más puntual sobre las ideas y las publicaciones, antiguas o recientes, que han modelado nuestra forma de entender la historia. Por la otra, procurará profundizar en algunos de los temas —como las condiciones en que se genera el conocimiento histórico— que han orientado el sentido de esta publicación.

Dicho de otra forma, a partir de hoy intentaremos ser (y hacer) una publicación a la vez más concisa y más profunda, más útil y más cercana a las preocupaciones profesionales y académicas de nuestro gremio.

Por estas razones, hemos decidido liberarnos de la obligación de publicar un texto nuevo cada día. A partir de hoy, vamos a procurar responder de mejor modo —esto es, más pausadamente— a los imperativos del medio que habitamos, al mismo tiempo que intentaremos llevar la reflexión sobre el propósito social de la historia más allá de lo que nos permite el género del comentario editorial. La coyuntura que atraviesa la disciplina —como profesión marginal en un mundo ansioso por significar el pasado— exige a la vez más dinamismo formal y una investigación mucho más profunda de la que hemos conseguido realizar hasta ahora. Ojalá que este nuevo modo de ser de *El Presente del Pasado* contribuya de mejor modo a transformar el ejercicio de la historia. 🍷

⌄ VIERNES 17

Historia empeñada

Marco Ornelas

Ahora que en las ciudades del país han proliferado las casas de empeño, uno se imagina que lo que sucede es que los bolsillos de la gente común están vacíos y que, menos mal, existen empeños donde se puede ir a rematar algún reloj o reliquia familiar para salir del apuro. Bueno, ésta es una forma de verlo. Tradicionalmente el cristianismo se opuso a los préstamos usurarios y tuvieron que pasar muchos años (todavía Lutero mismo los condenó) antes de que la comunicación religiosa se independizara de la económica. El evangelista Lucas, en el contexto del sermón de la montaña (6: 34-35, en la versión de Reina Valera), reproduce las palabras de Cristo a propósito de los préstamos:

Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros

enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada...

En sociedades presumiblemente cristianas se necesitaría torcer mucho las cosas para hacer del usurero o agiotista un protagonista de serie tipo *reality show* y sobre todo para ponerlo a dar clases de historia en una casa de empeños. Esto es precisamente lo que hace *El precio de la historia* (*Pawn Stars*), un programa del History Channel transmitido por la televisión de paga en horario estelar. Claro que se puede decir que la oferta del canal de la historia es mucho más amplia que el chabacano programa; lo cierto es que los hacedores de la programación en la televisión mexicana por cable lo encontraron adecuado para el público real o potencial (carecemos de una asociación de consumidores que haga sentir su parecer sobre los contenidos de la programación y sobre la promiscuidad publicitaria que los acompaña).

¿Dónde se localiza la casa de empeño? ¿Qué beneficios sociales reporta la práctica social de la usura? (Al menos en México subsiste cierta tradición de préstamos prendarios con sentido social, como es el caso del Nacional Monte de Piedad). El programa televisivo trata de una familia (¡familia sin mujeres!) dedicada desde hace años al negocio de la usura en la ciudad de Las Vegas, Nevada, bastión desde sus orígenes del crimen organizado en Estados Unidos. No es casual que la próspera casa de empeños se interese en presentarse como negocio lícito (“¿dónde consiguió esa pistola?”, no vaya a ser robada). Los protagonistas parecieran querer decirle a sus clientes que si se trata de aprovecharse de alguien, ellos sí lo pueden hacer limpiamente, escenificando una negociación que termina en “voluntaria” y lícita compra-venta (los casos de empeño propiamente dichos en la práctica no se dan). Los expertos valuadores, a los que se llama para “no verle la cara a nadie”, abonan al sentido de rectitud de toda operación. Las ganancias enteras —en raras ocasiones la casa ofrece más de la mitad del valor comercial de los objetos— van a dar a los bolsillos de tan emprendedora familia.

Las “cápsulas” de la historia de los objetos en cuestión —relatadas con naturalidad forzada— disfrazan de cultura el comercio agiotista y se tornan en carnada distractora de la situación que se desenvuelve ante nuestros ojos: ofrecer una bicoca por los objetos que los clientes llevan a rematar (también está la variante inglesa de la casa de empeño, que, si no mal recuerdo, y con mucho mejor gusto, se escenificaba hace años en la televisión de paga como *tianguis* de antigüedades). En mi opinión, la historia no puede enseñarse con tan peregrinas ideas (*conceptos*, dirán los “creativos” de la serie en cuestión). Y que conste que no abogo por el regreso a la idea de que los préstamos son pecaminosos, pero me resisto a que me den gato por liebre. Prefiero adentrarme en ella a través de la novela histórica o de recursos electrónicos como los que ofrece éste y otros *blogs*. Las personas no pueden acercarse a la historia, o a cualquier otra disciplina social, con la disposición del comerciante de mercaderías, como nos lo propone el canal de la historia, so pena de terminar empeñándola. 🐞

«» LUNES 20

Puntilla a la reforma agraria

Dalia Argüello

habría que decirles a los que gobiernan que el campo no es Sinaloa y sus agroindustrias; que el maíz, ese invento que nos quita el hambre a los mexicanos, no lo inventaron los potentados empresarios sino los pueblos indígenas.

Mardonio Carballo,

Las plumas de la serpiente, enero de 2014.

Con motivo de la conmemoración del 99 aniversario de la promulgación de la ley agraria del gobierno carrancista, Enrique Peña aprovechó para anunciar que en 2014 impulsará una “profunda reforma del campo” (el comunicado completo puede consultarse [aquí](#)).

Una vez más, la utilización abusiva de una efeméride como parte del discurso oficial deja

al descubierto la estrategia de sustentar las reformas en figuras o pasajes de la historia nacional. Aunque ha sido una práctica constante durante este primer año de gobierno, no deja de llamar la atención la manera superficial y frívola con la que Peña utiliza referencias históricas fuera de contexto. Basta con mirar un poco más detenidamente para notar las incongruencias en sus discursos; dada la recurrencia de los usos y abusos del pasado, parece que los asesores del presidente tienen una confianza absoluta en que a la población no le interesa analizarlos o ponerlos en duda.

La referencia a la ley agraria del 6 de enero de 1915 para anunciar la llegada de una reforma profunda al campo resulta por lo menos sorprendente, pues no encuentro una conexión entre la “nueva política agroalimentaria nacional” promovida por este gobierno y los objetivos, el contexto o el espíritu de la legislación carrancista.

La ley agraria promulgada por Venustiano Carranza —en lo más álgido de su conflicto con la convención— fue un intento por ganar la simpatía de los sectores campesinos levantados en armas y, así, consolidar su gobierno en medio de la convulsión revolucionaria. Básicamente, la ley declaró nulas todas las enajenaciones de tierras, aguas y montes pertenecientes a los pueblos, rancherías congregaciones o comunidades y facultó al gobierno para la expropiación de terrenos, con el fin de dotar a las comunidades de tierras en caso de que, por falta de títulos o alguna otra circunstancia, no se hicieran acreedoras a la restitución.

Con estas disposiciones, el gobierno empezaba a reconocer que una de las principales causas del descontento campesino era el despojo de los terrenos comunales o de repartimiento, así como el abuso de los especuladores. Frente a los vacíos de la constitución de 1857, la ley buscó combatir el latifundio y la propiedad comunal para fomentar la pequeña propiedad individual. También dio al estado la potestad absoluta de decidir las solicitudes de restitución y concesión de tierras y con esto, el control del reparto agrario.

Con el paso del tiempo, sus mismos autores

reconocieron algunas de las deficiencias de la norma, hecha al calor de las circunstancias y la premura del movimiento armado, que, lejos de resolver el complejo problema agrario del país, radicalizó las posturas y los conflictos. Casi un siglo después, la gran mayoría de la población que vive en el campo, y de él, sigue siendo la de menores recursos y servicios públicos. Pese a todo lo que se ha luchado, hoy parece inminente otro gran golpe para la propiedad comunal y todo lo que de ahí se deriva.

Con las directrices que se han marcado y la ambigüedad de los objetivos de “poner al día” al campo y hacerlo “más competitivo” para llevarlo a un “nuevo nivel de desarrollo y modernidad”, se prevé la profundización de la lógica que ha venido funcionando desde los años cincuenta, cuando se implementó la primera revolución verde, y se agudizó con la segunda a partir de los años ochenta.

Con la amenazadora llegada de los alimentos transgénicos, especialmente del maíz GM, la propuesta del gobierno se vislumbra como un intento de homogeneizar tanto la producción como el consumo de los alimentos; abrir la puerta a las grandes corporaciones que monopolizan las semillas, fomentar la tecnificación y la sobreproducción, que de todos modos deja sin alimentos a millones y degrada el medio ambiente y, finalmente, concentrar exorbitantes ganancias económicas en muy pocas manos.

Casi con las mismas palabras y promesas de “desarrollo y progreso”, la llamada revolución verde —impulsada por los gobiernos de Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos— buscó fomentar la propiedad agrícola privada, basada en el modelo agroindustrial de Estados Unidos, por medio de tres pautas principales: A) modernizar al campo que se veía como factor de atraso, B) implementar un modelo industrial en la producción de alimentos, y C) introducir tecnología moderna como semillas mejoradas, fertilizantes, pesticidas químicos y mecanización de los procesos para incrementar la producción. Debido al contexto internacional (gran demanda de alimentos) y a esta intervención del estado para promover la expansión de la agricultura

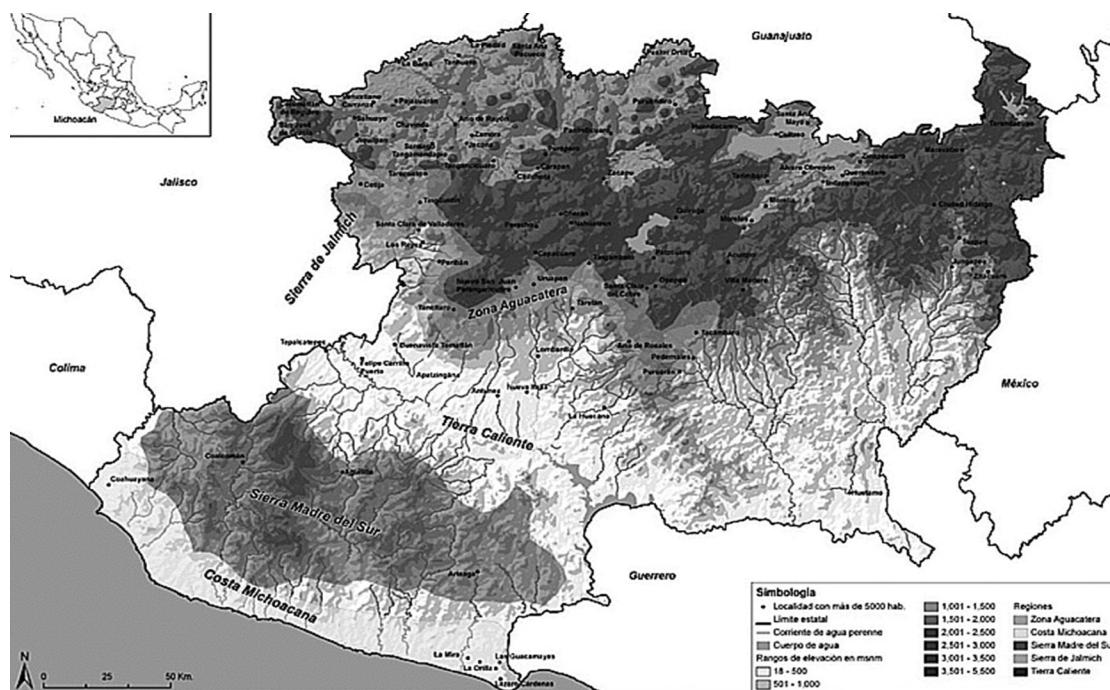
capitalista, el sector agrícola vivió un periodo de auge hasta principios de los años setenta, cuando las importaciones de alimentos no pasaban del 2 por ciento del total de la producción nacional.

Evidentemente, los beneficios de esta dinámica económica no se repartieron equitativamente y el control estatal de los precios resultó adverso para miles de productores que, cuando se pauperizaron, fortalecieron al mismo sector industrial que los llevó a la crisis. Al reducirse los precios de los principales granos, una gran cantidad de pequeños productores tuvieron que buscar empleo en las compañías agroindustriales para subsistir. El crecimiento en la oferta de mano de obra hizo que los salarios bajaran y, por lo tanto, se redujeran los costos de producción para estas compañías, las que, gracias a esto, crecieron considerablemente.

Las consecuencias de la industrialización agrícola se expresaron de múltiples maneras, como en el aumento de la migración rural hacia las ciudades, la pérdida de la capacidad de competencia de pequeños comerciantes y de autosubsistencia de comunidades enteras. En términos ambientales, esta búsqueda por dominar a la naturaleza y sobreexplotarla se ha traducido en suelos agrícolas degradados que exigen técnicas artificiales cada vez más caras, en la reducción de fauna y la actividad microbiana de los suelos por el uso indiscriminado de agrotóxicos y fertilizantes, además de la contaminación de las aguas subterráneas.

Los efectos de más de cinco décadas de seguir esta lógica de producción agrícola se pueden resumir en el hecho de que hoy México importa alrededor del 42 por ciento de los alimentos que consume. Tan solo de maíz se **compraron**, en 2013, 10.8 millones de toneladas al exterior.

A pesar de estos efectos negativos, el gobierno actual impulsará esta reforma para hacer un campo “exitoso y moderno”. El ejecutivo y su gabinete tendría que aclarar qué entienden por exitoso y, retomando a Mardonio Carballo, preguntarse si a la gente que siembra y vive de la tierra le interesa y le funciona compartir esta visión. 🌱



Mapa de las regiones de Michoacán (Fuente: www.scielo.org.mx).

«» VIERNES 24

Para comenzar a entender la tierra caliente

Fernando Pérez Montesinos

Por las razones más desafortunadas, la tierra caliente de Michoacán y algunas zonas aledañas han sido recientemente foco de una intensa atención pública y mediática. Con el fin de motivar una discusión provechosa e informada, a continuación presentamos una breve selección de textos que pueden ayudarnos a entender mejor la historia pasada y presente de esta región y sus pobladores.

Gerardo Sánchez Díaz, *El suroeste de Michoacán: Estructura económico-social, 1821-1851* (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1979).

Publicado ya hace tiempo, este libro sigue siendo uno de los pocos en ofrecer un panorama general de la tierra caliente, la sierra sur y la costa michoacanas durante las primeras décadas después de la independencia. Como su título indica, se trata principalmente de un estudio sobre las condiciones económicas y

sociales de la región y sus localidades (Coalcomán, Apatzingán, Tepalcatepec, Amatlán y Parácuaro, entre otras). El libro pone particular énfasis en el análisis de la tenencia de la tierra, las unidades de producción agrícola y sus cultivos y la organización político-administrativa. También examina la muy particular estructura social que ha caracterizado a la región por muchas generaciones (predominio de grandes propietarios y rancheros frente a un grupo, cada vez menor, de pobladores indígenas purépechas y nahuas).

Gerardo Sánchez Díaz, *El suroeste de Michoacán: Estructura económico-social, 1852-1910* (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1988).

Este libro complementa y continúa la labor comenzada por Sánchez Díaz en su primer estudio sobre el suroeste michoacano. También se trata de una revisión panorámica de la región, esta vez desde mediados del siglo XIX hasta el inicio de la revolución mexicana. Nuevamente, el análisis de la tenencia de la tierra y las unidades de producción (sobre todo las grandes y medianas haciendas orientadas al cultivo comercial de productos como

el algodón y el arroz) constituye la espina dorsal del texto. Sin embargo, otros rasgos centrales de la región como su difícil geografía, la frágil presencia de las autoridades gubernamentales y el constante surgimiento de conflictos sociales también son abordados. Si bien algunas de sus tesis deben ser necesariamente revisadas y matizadas a la luz de investigaciones más recientes, esta segunda parte de *El suroeste de Michoacán* no ha dejado de ser una lectura obligada.

Alfredo Pureco Ornelas, *Empresarios lombardos en Michoacán: La familia Cusi entre el porfirato y la pos-revolución, 1884-1938* (Zamora: El Colegio de Michoacán-Instituto Mora, 2010).

Antes del aguacate y el limón fue el arroz. Producto de una investigación exhaustiva, este libro explora el surgimiento de “dos de las plantaciones agroindustriales más prolíficas del estado de Michoacán y del país en la primera década del siglo xx: Lombardía y Nueva Italia” (13). En efecto, *Empresarios lombardos* no sólo explora la historia de Dante Cusi y sus descendientes; también ofrece un análisis meticuloso y esclarecedor de las condiciones ambientales, técnicas y humanas que hicieron del arroz uno de los cultivos más lucrativos del estado de Michoacán y, por supuesto, de la tierra caliente. Se trata, en ese sentido, de un texto indispensable para entender a profundidad la importancia que ha tenido la agricultura comercial a gran escala en la región.

La tierra caliente de Michoacán, compilación de José Eduardo Zárate Hernández (Zamora: El Colegio de Michoacán-Gobierno del Estado de Michoacán, 2001).

Esta obra colectiva ofrece un panorama bastante amplio de la región desde el pasado mesoamericano hasta los albores del siglo XXI. Las disciplinas que incluye son también muy variadas. Hay estudios de historia, arqueología, antropología y economía política. De ahí que la gama de las perspectivas sea igualmente diversa. Lo mismo se hace hincapié en la cultura que en la economía que en lo social o

lo político. La escala también cambia. Textos como el de Luis González y Victoria Malkin son de carácter más general, mientras que los de Salvador Maldonado y Marco Calderón, por ejemplo, se concentran en problemas y actores más específicos. Los temas y ángulos, finalmente, son de igual forma muy variados. Gerardo Sánchez utiliza una perspectiva cercana a la historia ambiental. Pilar Angón y Lois Stanford se apoyan en la historia laboral (por mencionar sólo estos casos). Una obra, en resumen, de suma relevancia para acercarse a la compleja historia de la tierra caliente michoacana.

Salvador Maldonado, *Los márgenes del estado mexicano: Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán* (Zamora: El Colegio de Michoacán, 2010).

Un libro de gran envergadura. Sin duda, uno de los ejercicios de síntesis y análisis más completos acerca de la región. Los márgenes del estado mexicano busca mostrar las causas de largo plazo y los factores coyunturales que han dado lugar a distintos ciclos de violencia en la tierra caliente michoacana, sobre todo durante el siglo xx y comienzos del XXI. Plantea que existe un vínculo muy estrecho entre el surgimiento de conflictos y las economías ilegales, por un lado, y la “modernización” económica forzada (y sus respectivas crisis), las políticas públicas (en particular las agrarias y de infraestructura) y los desequilibrios de poder locales, por el otro. En otras palabras, argumenta que la ilegalidad es en realidad un producto intrínseco de la intervención del estado y la economía global. Una obra compleja con muchas ideas sugerentes. 🍷

🗓️ MARTES 28

Picasso y Monet, ¿bien valen cinco horas?

Jennifer Rosado Solís

El quehacer museístico constituye un reflejo de la sociedad en la que se inserta, tanto por su perfil cultural como por el devenir histórico de la idea del patrimonio nacional y

universal. Un análisis adecuado del fenómeno *museo* y su relación con sus visitantes puede arrojar datos importantes sobre las asignaturas pendientes de nuestras instituciones.

Göran Schmidt, que dedica su análisis a los museos de arte, hace una referencia más directa al quehacer expositivo cuando afirma:

Formerly the very atmosphere of the museum, the seclusion from the world, was the important thing. It is no longer enough that a picture hangs in a museum; what matters is how it hangs and what it has to say [Göran Schmidt, “Idea of Museum”, *The Idea of the Museum: Philosophical, Artistic, and Political Questions*, comp. Lars Aagard-Mogensen (Lewiston, N.Y.: E. Mellen Press, 1988), 93].

Recientemente, varios periódicos capitalinos insistieron en que el Museo Dolores Olmedo fue el más visitado de la última temporada vacacional, exaltando las largas filas para acceder a la exposición temporal y la constante afirmación, por parte de los asistentes, de que “valió la pena”.

La exposición *Obras maestras del Musée de l’Orangerie* se presentó entre octubre de 2013 y enero de 2014. El cartel con el que se anunciaba ostentaba los nombres de los artistas representados: Matisse, Gauguin, Monet, Modigliani, Cézanne, Picasso, Renoir, etcétera. La gestión fue un intercambio directo entre el Musée de l’Orangerie y el Museo Dolores Olmedo, ya que algunas obras de la colección de este último participaron en la muestra titulada *Frida Kahlo/Diego Rivera: L’art en fusion*, en París.

Las piezas eran muy hermosas, aunque no era posible admirarlas de manera adecuada. La fila para adquirir el boleto podía llegar a tomar cuatro horas en ser recorrida. Con el boleto en la mano, los visitantes aún debían esperar más de dos horas formados para llegar a su destino.

La cédula introductoria presumía cuatro años de arduo trabajo de planeación y “revisión” de obra, haciendo creer que la exposición se enfocaba exclusivamente en la colec-

ción de l’Orangerie. Sin embargo, en realidad se intentó presentar una especie de *tête à tête* entre los coleccionistas Paul Guillaume (1891-1934) y Dolores Olmedo Patiño (1908-2002), ya que en las mismas salas se presentaba obra de Diego Rivera y una gran cantidad de piezas prehispánicas que no se relacionaban con las obras europeas por técnica, temática o intención.

Si omitimos la contaminación visual promovida por un espacio inadecuado, una museografía deficiente y el fallido intento de contrastar colecciones, y nos enfocamos a la obra europea encontraremos que las piezas únicamente estaban agrupadas por autor, sin diálogo, referencia ni discurso.

Si bien es cierto, como argumenta Michael Belcher en *Exhibitions in Museums* (Leicester-Washington, D.C.: Leicester University Press-Smithsonian Institution Press, 1991), que una de las mayores ventajas de las exposiciones con respecto a cualquier otra forma de difusión del arte es promover el contacto controlado con las piezas, para los estudios museológico-curatoriales actuales resulta inaceptable que un proyecto expositivo carezca de mensaje y rehúse su papel de comunicador, sobre todo ante la enorme responsabilidad que conlleva cumplir las expectativas de cientos o miles de personas que fueron sometidas a un largo calvario con el auténtico —y poco usual— interés de ver obras de arte.

Tampoco se ha hablado de que la gran mayoría —si no es que todas— las piezas europeas exhibidas estaban enmarcadas con vidrio. Ver un Monet a través de un cristal es casi tan bueno como verlo en un libro; al menos en una buena reproducción es posible acercarse tranquilamente a ver las pinceladas. En cambio, en el Museo Dolores Olmedo el uso de alarmas para alejar a los visitantes de la obra resultaba violento, intimidante y completamente exagerado.

Si bien se entiende que una colección proteja de manera especial a un cuadro cuando se presenta en un lugar inadecuado para la conservación y resguardo de la obras como en este caso, quizá debió gestionarse un mejor espacio para albergar la obra. Después de

todo, en París la obra de Frida y Diego no se presentó con vidrio, ¿o sí?

No obstante, e inexplicablemente, los visitantes salieron felices. Esta experiencia nos muestra, por un lado, que la deficiente oferta expositiva se sobrevalora mediante una explosión de comunicación audiovisual propagandística para atraer a la mayor cantidad de visitantes posible, sin importar que los espacios sean inadecuados o insuficientes; y, por el otro, que la infraestructura museística del país no ha cumplido con su deber de educar y formar un público conocedor y exigente. Es puro oropel. 🍷

🔗 JUEVES 30

Time, Communication, and Social History

Marco Ornelas

One of the most important sociological theories of communication asserts that communication can only be understood as a selection of an understanding (or misunderstanding) in a given situation (Niklas Luhmann, “What is Communication?,” *Communication Theory*, 2: 3 [1992]: 251-259). The metaphor of the transmission of information between a sender and a receiver does not work in social situations (no one transmits anything to someone else in order to “communicate”); and this is precisely what it means that communication is an *emergent phenomenon*, that is, a phenomenon of a different *kind*. Thus, communication is something very different to data transmission, which is nowadays frequently referred to in the context of information and communication technologies.

Two supplementary ideas support this concept of communication: 1) communications and thought processes correspond to different systems (communications depict the operation of social systems while thoughts depict the operation of psychic systems); 2) social and psychic systems are operational closed systems, they are both *autopoietic* systems (they produce communications and thoughts only by means of communications and thoughts,

respectively). This understanding of social and psychic systems does not mean that they do not interfere, block, or stimulate each other; it means, indeed, that they are not transparent to each other (thoughts do not communicate and communications do not think).

On this basis we can now watch this short film (*Passenger*, by Jorge Villalobos, 1997) to show this concept of communication:

www.youtube.com/watch?v=ZAn-WAAWQg8

As it can be seen, linguistic communication properly speaking is almost absent. There are five phrases which are said throughout the short film, three of them said by a supporting actor (the bus driver). Nevertheless, as it is characteristic of systems of interaction, gestural and body language say more than a thousand words, and allow for the emergence of communication.

The social situation in the bus stop and what happens with the leading actors that take the bus is a typical situation that could be read in a normal fashion, as both characters are unknown to each other. The lady distrusts the young man, who perceives her as a grumpy woman. This is the case until the lady *selects* a particular understanding of her tripping onto the bus floor and of the reaction of the youngster to try to help her up: she has just been ripped off her wrist watch! She’s been mugged!

This understanding of the situation (and not otherwise) lets us understand the lady’s decision to fight back and regain her watch (having her knitting needles at hand), to move on and seat right beside the youngster, ask the man violently to put the watch in her purse, and step out the bus in haste. Let’s put it in these terms: the lady’s actions are indebt-

Esta *newsletter* es una publicación eventual del Observatorio de Historia, donde se recogen los textos aparecidos en elpresentedelpasado.com
Sus editores son Halina Gutiérrez Mariscal,
Fernando Pérez Montesinos
y Luis Fernando Granados.
Toda correspondencia debe dirigirse a
observatoriodehistoria@gmail.com

ed to the understanding that she has just been ripped off her wrist watch. The remainder of the short film, until the end that advises us that everything has been a misunderstanding (she had forgotten her watch at home!), is quite clear.

The short film finishes right here. If we were to believe it a real situation, sooner than later we would have to take time into consideration (we would have to draw a time line, to make a history). Days would go by. The young man and the lady could very well decide not to take risks and go back to the same bus stop. Above all, the lady, if once again met face to face with the youngster, would have either to act as a robber or, else, to apologize, give some explanations and return the man's watch. Put it bluntly, time would allow communication to clear things up. This is how communication is understood as an emergent phenomenon and not as simple data transmission. 🌍

↔ SÁBADO I

Lockhart y el aldeanismo xenófobo

Alicia del Bosque

La obra de James Lockhart es sin duda excepcional. Pero no sólo por las razones precisas y elegantemente [enunciadas](#) el lunes pasado por Rodrigo Martínez Baracs y desde la semana [anterior](#) por sus colegas de la Universidad de California en Los Ángeles. Lo es también porque, en más de un sentido, su obra y su trayectoria contrastan con el aldeanismo que todavía domina la práctica de la historia (mexicana pero no sólo). Si el trabajo de Lockhart causa admiración, en otras palabras, es porque escapó a la trampa de la especialización excesiva y, sobre todo, porque se negó a la xenofobia lingüística que caracteriza todavía a nuestro oficio (en México pero no sólo).

Un primer aspecto de este cosmopolitanismo se había revelado ya a principios de los años setenta, cuando abandonó los estudios peruanos, la subdisciplina en la que se for-

mó, para ocuparse primordialmente del pasado de Mesoamérica. Más o menos como haría Jean Meyer unos años más tarde entre México y Rusia, Lockhart tuvo el arrojo de renunciar a su patrimonio como historiador de los “conquistadores” andinos para adentrarse en el mundo de los “conquistados” de la Mesoamérica central. Si bien es cierto que no abandonó la época a la que se dedicaba cuando estudiaba los Andes —la parte más sólida de su trabajo como mesoamericanista se ocupa también del largo siglo xvi—, el desplazamiento geográfico de su actividad tuvo que ser necesariamente difícil, dadas las enormes diferencias entre las experiencias coloniales andina y mesoamericana. Al reinventarse como experto en una nueva realidad, Lockhart mostró que la especialización no es el único modo de sobrevivir en la academia —siempre que la amplitud de miras se practique con diligencia y con el cobijo de instituciones que no inhiban los impulsos creativos de los profesionales.

Con todo, por supuesto, el verdadero salto cuántico de su quehacer fue la incorporación del universo lingüístico nahua a la historia colonial mesoamericana. Hay que decir, empero, que en el reconocimiento a su condición de nahuatlato a veces se pasa por alto que lo más significativo de su apuesta por el náhuatl clásico —o sea el idioma en caracteres latinos escrito en los siglos xvi y xvii— radica en que enriqueció el estudio de los indios coloniales, no tanto en el conocimiento de la lengua en sí misma. Es decir, que su mérito fue emplear el náhuatl para comprender a los súbditos indígenas de la corona española en lugar de estudiar a los pueblos prehispánicos, que es lo que hacían y siguen haciendo la mayor parte de quienes trabajan con y en esa lengua. De ahí, por cierto, que el nombre de “nueva filología” para su propuesta historiográfica sea un tanto desafortunado —precisamente porque se trata de una propuesta historiográfica y no lingüística.

A la luz del trabajo de Lockhart —como sugiere Martínez Baracs—, parecería obvio que el estudio de Nueva España requiere comprender otras lenguas además del idio-

ma de los “conquistadores”. ¿Cómo es que tal cosa no se les ocurrió a los fundadores de los estudios coloniales modernos? ¿Cómo es que, por ejemplo, ni Silvio Zavala ni Robert Ricard ni Edmundo O’Gorman ni Manuel Toussaint ni François Chevalier ni Woodrow Borah se preocuparon seriamente por aprender náhuatl? Y más aún: ¿cómo es que la mayor parte de los estudiosos sigue sin considerar que el estudio de las lenguas indígenas es indispensable para la comprensión de Nueva España? Se dirá acaso que sólo quienes se dedican a la historia indígena tienen en realidad la obligación de conocer los idiomas de los indios (no obstante que eran la mayoría de la población novohispana), y que los gigantes sobre cuyos hombros se desarrolla hoy la historia colonial prefirieron concentrarse en el estudio de la porción española de la sociedad y que eso los exime de responsabilidad al respecto. Sea como sea, el provincialismo lingüístico de los historiadores es quizá el rasgo profesional más vergonzoso que el trabajo de

Lockhart hizo evidente —y que, además, está lejos de haber sido superado—. Lo peor es que esa manía por conformarse con lo que los españoles decían de sí mismos y de la sociedad que dominaban puede ser también evidencia de que, no obstante lo mucho que la historiografía de Nueva España ha cambiado en las últimas décadas, en el corazón de la disciplina palpita todavía el eurocentrismo racista del antiguo régimen —o sea la creencia de que, como imaginaron Hernán Cortés y sus amigos, el mundo indígena se colapsó el 13 de agosto de 1521.

(Hay que decir, de cualquier modo, que Martínez Baracs se equivoca cuando afirma que para hacer historia de Francia hay que saber francés. No: para hacer historia de Francia hay que saber occitano, bretón, catalán, vasco, alemán, italiano, neerlandés y sobre todo los cientos de patois que se hablaron hasta fines del siglo XIX —además del idioma de los príncipes y los escribanos de la ínsula parisienne, por supuesto.) 🍷 🍷